



¿ESTA EN PELIGRO LA DEMOCRACIA EN EUROPA?

Ludolfo PARAMIO

Sobre el tema que se plantea hoy existen varias cuestiones. Primero, qué ha cambiado y en qué se parece la década de los noventa a la de los treinta. Indudablemente las democracias han cambiado en dos sentidos fundamentales: el primero es que existe una experiencia de democracia de masas que tiene más de medio siglo, no existe el problema de un acceso al derecho al voto, postergado o muy reciente para grandes capas de la población, no existen tampoco excluidos de ese derecho al voto. La democracia de masas es una realidad cotidiana incluso en aquellos países europeos en que la transición a la democracia se efectuó hace menos de veinte años.

Existe, por tanto, una tradición de las instituciones democráticas, y no existen grandes problemas here-

dados de participación o de ampliación de los derechos a la participación democrática.

El segundo cambio fundamental es que existen unas instituciones (que solemos identificar como *Estado de bienestar*) que garantizan que la exclusión social se contenga dentro de unos ciertos límites. Indudablemente existen marginales en todas las sociedades desarrolladas, pero son numéricamente un porcentaje reducido; en el plano de lo ideal se trataría de que no existieran pero, indudablemente, por los agujeros de la red hay gente que se cae y se queda fuera, pero se supone que es una minoría y, en segundo lugar, tratan de fijar —estas instituciones— límites a las desigualdades sociales, en el sentido de que las situaciones de especial carencia se evitan mediante salarios mínimos, subsidios en situaciones de desempleo, seguros de enfermedad, de vejez, etcétera. Se supone que, tanto en número como cualitativamente, las situaciones de marginación y de exclusión del sistema o de la vida social se mantienen controladas por el Estado de bienestar.

Esas dos diferencias pueden explicar que, pese a un crecimiento muy fuerte del paro, y de un paro que se puede considerar *estructural* en las sociedades desarrolladas, las diferencias sociales no hayan alcanzado un punto explosivo ni haya crecido —en general— la desigualdad social de forma tan estremecedora como sucedió en los años treinta en muchos países de los que hoy consideramos como países más desarrollados. Independientemente de que nos pueda parecer muy insatisfactorio el balance de la capacidad de las instituciones para hacer frente a la crisis del empleo y a las dos cri-

***Las situaciones de marginación
de la vida social
se mantienen controladas
por el Estado de bienestar.***

sis económicas (la heredada del choque del petróleo y la heredada de la unificación alemana), independientemente de que podamos estar insatisfechos por el comportamiento de las instituciones y de los gobiernos frente a estas crisis, es indudable que el impacto que han tenido (el impacto social particularmente) no es comparable al de los años treinta.

¿Cuáles serían las similitudes? Incluso en países donde existe una situación de práctico pleno empleo (como en Estados Unidos), incluso en situaciones donde la economía está creciendo a ritmos muy satisfactorios e incluso se está recuperando el empleo, y en situaciones en las que no ha aumentado la desigualdad social, la gente siente una profunda incertidumbre sobre su propio futuro y el de sus hijos. En Estados Unidos, en momentos en que el empleo se había recuperado (a comienzos de la década de los noventa), había desaparecido prácticamente el paro y el crecimiento económico era absolutamente patente, los ciudadanos se declaraban rigurosamente pesimistas por el porvenir, y es cuando empezaron a predominar en las encuestas (en Estados Unidos, insisto) las opiniones de que probablemente los hijos vivirían peor que los padres. Por tanto, nadie es optimista sobre el porvenir de las próximas generaciones. Insisto, en una situación en la que no hay un problema estructural de desempleo, en condiciones relativamente normales, en condiciones en que los salarios no han caído de forma significativa (el salario medio industrial parece que ha mantenido —con una ligera baja en promedio— el poder adquisitivo), incluso en estas situaciones la visión de la gente sobre el futuro es claramente pesimista.

¿A qué se puede atribuir este sentimiento de incertidumbre? Yo diría que a tres factores. Primero, el cambio del modelo económico significa que sectores tradicionales asentados se ven en peligro frente a la com-

petencia exterior, lo cual quiere decir que el empleo industrial en sectores tradicionales —insisto—, con una cultura propia (del tipo del metal, los astilleros), lo que ha sido la gran industria de la posguerra, de pronto se ven amenazados por la competencia exterior, y los trabajadores se ven o abocados al paro o a la jubilación anticipada o, en todo caso, sienten una gran amenaza sobre su futuro inmediato. Es decir, la apertura de las economías nacionales implica inseguridad para sectores sociales muy amplios.

En segundo lugar, frente al crecimiento del desempleo los gobiernos no encuentran (quizá porque no existen) recetas de efecto automático para combatir el desempleo. Durante un cuarto de siglo las políticas keynesianas anticíclicas parecían ser la solución automática frente al crecimiento del desempleo: aumentaba la inversión pública (financiada mediante déficit) y eso automáticamente invertía el ciclo recesivo y permitía la recuperación del empleo. En estos momentos eso no funciona, porque el incremento del déficit disminuye la inversión, desequilibra la balanza de pagos y provoca un empeoramiento de las situaciones económicas en cada país. Consiguientemente, los gobiernos no tienen instrumentos automáticos para combatir el desempleo, y aparecen como impotentes o inútiles a los ojos de un gran número de los ciudadanos.

En tercer lugar, en la medida en que los gobiernos aparecen como incapaces de tomar medidas que resuelvan lo que la gente ve como problemas fundamentales, la atención de los ciudadanos se dirige cada vez más hacia los gobiernos locales o más próximos, y hacia preocupaciones muy inmediatas. Eso significa que hay un apartamiento del compromiso político (entendido en el doble sentido de acción, pero también de emoción) de la política nacional hacia las políticas locales. Y, por tanto, la vida democrática nacional pierde contenido e interés para la mayor parte de las personas.

Si los gobiernos no tienen capacidad para solucionar los graves problemas, si existen unos riesgos nuevos que afectan a muy amplios colectivos y que crean situaciones sociales de incertidumbre, y si la participación en la vida política nacional parece que no tiene ni significado ni efectos prácticos, es bastante inevitable que las instituciones democráticas del Estado-nación pierdan tanto atractivo como credibilidad. Y en ese contexto es muy probable que los ciudadanos se vuelvan particularmente críticos hacia los defectos del funcionamiento de estas instituciones y de las personas que ejercen el poder desde ellas.

Existe una desconfianza creciente hacia la política y hacia los políticos. Lógicamente, en cada país, la gente encuentra razones particulares, las propias de ese país, para su enfrentamiento o su distanciamiento respecto a los políticos; pero no hace falta más que leer la prensa diaria para saber que es un fenómeno rigurosamente universal. En cada país los ciudadanos encuentran sus propios motivos para aborrecer a sus propios partidos políticos y a sus propios políticos, pero este aborrecimiento es un fenómeno general. Si es un fenómeno general, probablemente tiene raíces generales, que es el punto donde yo enlazaría con la pérdida de significado y capacidad de los gobiernos nacionales, y el sentimiento creciente de inseguridad de los ciudadanos.

En este contexto, ¿qué puede representar el fascismo? El fascismo de los años treinta era una propuesta de seguridad, de con-

***Una identidad colectiva
cumple la función de reducir
la desconfianza, la inseguridad
y la incertidumbre.***

***El desapego de las instituciones
y la incertidumbre colectiva
favorecen la aparición de
particularismos agresivos.***

fianza para los ciudadanos sobre varias bases. Primero, la definición de una fuerte identidad colectiva: el movimiento fascista nacional, que designaba a un enemigo claro, un enemigo interno, y en el enfrentamiento con las demás naciones o las demás razas acentuaba —en la definición muy fuerte en *ese otro* exterior— la identidad colectiva. Una identidad colectiva cumple ante todo la función de reducir la desconfianza, la inseguridad, la incertidumbre. En segundo lugar, aquellos movimientos de masas, aquellos partidos fascistas se caracterizaban porque esa confrontación con el exterior justificaba una actuación inversora y controladora de la economía por parte del Estado, una respuesta estatalista a la crisis económica que *de facto*, con diferentes ritmos en cada país (pero *de facto*), significaba una disminución en el desempleo: las obras públicas en Alemania, las grandes inversiones en armamento sirvieron —entre otras cosas— para dar una solución al problema del desempleo; una solución todo lo perversa que se quiera (era sin duda un keynesianismo perverso), pero el estatismo fascista era una respuesta también a las características de la crisis económica.

Nacionalismo + estatismo + militarismo, permitieron responder a la incertidumbre colectiva con una solución (respecto a la que todos estamos conformes en que fue odiosa) que, indudablemente —para quienes la encontraron como solución— respondía a sus necesidades. En alguna medida, desgraciadamente, no fueron minorías las que se hicieron fascistas (en

los países en los que hubo guerras de este signo), sino que —en algún sentido— toda la sociedad se adhirió o, por lo menos, consintió más o menos pasivamente. Con indudables excepciones organizadas, y en algún caso de masas, pero la sociedad colectivamente, el conjunto de la opinión consintió o apoyó (aunque fuera pasivamente) el ascenso del fascismo porque —insisto—, y esta sería la hipótesis fuerte, el fascismo era una respuesta (todo lo perversa que se quiera) a unas necesidades colectivas del momento.

¿Cuál es la diferencia en este punto respecto al momento actual? Primero, las soluciones estatistas no son creíbles. La década pasada ha provocado un descrédito general del estatismo como ideología. Segundo, las respuestas estatistas no son posibles. El entrelazamiento de las economías en la nueva internacionalización hace imposible respuestas económicas estrictamente nacionales a la nueva situación. Esto excluye en buena medida incluso la guerra (entre los países más desarrollados) como procedimiento a la solución de problemas económicos. Puede haber guerras monetarias y, por supuesto, puede haber guerras en el sentido clásico del término, pero no parecen probables en términos de lo que es el capitalismo actual. Serían hechos, por lo menos, bastante anómalos. Tercero, la propia experiencia fascista hace muy poco creíble que una experiencia fascista (en el sentido de lo que fue el fascismo histórico), pudiera en este momento conseguir adhesión nacional. En países pequeños, en situación de enfrentamiento civil o de desintegración nacional (como la guerra de los Balcanes), es posible que un movimiento de masas o un Estado similar al fascismo clásico pueda ponerse en marcha. En países que tienen definiciones estatales medianamente consolidadas y que tienen instituciones estatales también en funcionamiento desde hace décadas, es mucho más increíble que eso mismo pueda suceder.

El peligro para la democracia probablemente no viene de las bandas fascistas, ni siquiera de los partidos fascistas. En la medida en que un partido neofascista (aunque relativicemos lo de *neo*), heredero de la tradición fascista, puede llegar al gobierno en Italia, lo hace porque mantiene la tradición estatalista (dentro de unos ciertos límites), pero también se adhiere a bastante parte del credo neoliberal y, sobre todo, manifiesta (públicamente al menos) un absoluto respeto por las instituciones republicanas. ¿En qué medida se puede creer en estas adhesiones o respetos? En la medida en que, en algún sentido, definen sus propias reglas de juego. Parece muy poco probable que Alianza Nacional pudiera mejorar su situación política pasando a una acción antisistema contra la República italiana. El egoísmo del partido Alianza Nacional debería llevar —en buena lógica— a seguir jugando el juego democrático, y eso marcaría una diferencia fundamental respecto al fascismo mussoliniano.

¿Cuál sería entonces el peligro real? El peligro real es que el desapego de las instituciones y la incertidumbre colectiva favorecen a los particularismos agresivos. Los particularismos agresivos pueden identificarse con movimientos nacionalistas (el caso de los Balcanes, una vez más), pero existen otros mucho más pequeños y mucho más diarios: las bandas de rapados, la segmentación de los jóvenes en subculturas, algunas (sólo algunas) de las cuales son identidades colectivas agresivas y basadas en el rechazo del otro, la aparición de movimientos xenófobos encarnados en estas bandas, el recurso a la violencia, la tentación a la violencia por estética, por definición de la propia identidad, la violen-

cia gratuita pero que da señas de identidad a quienes, de otra manera, no saben quiénes son: esos son peligros reales. Una sociedad particularizada, segmentada, que no cree en las instituciones, en las virtudes de la participación política, en las viejas virtudes republicanas (para entendernos), que no toma en serio el compromiso de cada ciudadano con el bienestar colectivo, la duplicidad de derechos y deberes hacia la colectividad, una sociedad así es fácilmente presa de particularismos agresivos, de la aparición de violencia insensata, del surgimiento de una anomía generalizada en la que cualquier conducta asocial es esperable.

¿Cuál es la solución recomendable en este sentido? La recuperación de la credibilidad en las instituciones. Pero eso pasa por un proceso largo que incluye, por una parte, que los propios países aprendan a jugar en esta nueva economía internacionalizada, que los ciudadanos aprendan también esas reglas de juego de la economía que no son las que todos conocíamos hace quince años (no mucho más). Que, por otra parte, la nueva exigencia social sea interiorizada por las instituciones y los partidos políticos, por los propios políticos, para saber que lo que estaba permitido hace quince años en este momento no lo está. En ese sentido, quizá la transformación de la conciencia social, la recuperación de la moral colectiva depende, ante todo, de la propia autoexigencia moral de quienes aspiren a representar los intereses colectivos.

*Intervención de Ludolfo Paramio
en el seminario Los riesgos de la
democracia. Fascismo y neofascismo,
en diciembre de 1995.*